COSAS DE POR ACA...

Cosas de *los Madriles* quiero decir; pues si bien se me alcanza perfectamente cuanto hay de exacto en aquel refrán: *en todas partes cuecen habas*, comprendo también la exactitud de la segunda parte del mismo: *y en mi casa á calderadas*. Y esto de llamar *mi casa* á Madrid es un lujo algo inocente que me permito para suponer, por un instante, que hay en el mundo alguna cosa mía; porque en puridad, como decía el otro, *no hay un solo rincón de tierra* que pueda yo decir que es mío. Pero vamos al caso de lo que sucede en la culta capital de la culta España, ó, para hablar con más precisión, de parte pequeñísima de lo que sucede, porque hablar de todo sería cuento de nunca acabar.

Es bien advertir, para que el lector pueda fundar razonable y sólidamente sus comentarios, que la provincia de Madrid es *rica por su casa*, muy rica (aunque me esté mal el decirlo, por ser yo uno de sus hijos). Pues bien: sabido esto de la riqueza, es claro que ha de llamar la atención el hecho de que se piensa en construir barracas, casi al aire libre, para alojar en ellas durante el verano á los enfermos del Hospital Provincial.

Ya han trascurrido muchos días, muchos, desde que un representante de la provincia, el *Sr. Pérez de Soto*, que no me dejará mentir (caso de que yo pretenda hacerlo, que no pienso en eso por ahora)... digo que el Sr. Pérez reclamó, hace ya muchos días, de sus compañeros de la Diputación, y aun solicitó, para conseguirlo, el auxilio de la prensa, que se adoptase una actitud enérgica ante el gravísimo conflicto que avanzaba entonces (y supongo que seguirá *avanzando* ahora) de que se derrumbase el Hospital General ó se hiciese necesaria su demolición y no se supiera á dónde llevar á los enfermos. «Los cuales enfermos, —siguió diciendo el señor Pérez de Soto,—pasarán los crudos meses del próximo invierno más expuestos á la muerte que si no se les asilara en el Hospital.»

Que ni las excitaciones del señor diputado, ni el solicitado concurso de la prensa, han obtenido resultado, dícelo muy elocuentemente la noticia, á que me he referido antes, de que se van á construir á toda prisa barracas para albergar, si es necesario, á los enfermos. Ya el solo hecho de que un Hospital en que existen muy cerca de mil asilados esté amenazando próximo derrumbamiento, ó en condiciones tales que pueda ser necesaria de un momento á otro su demolición, basta para poner los pelos de punta al hombre menos caritativo; pero añadiendo á eso la circunstancia de que esa Diputación, que poco há gastó en abanicos muy costosos, en los que aparecía el programa de una función de toros, no recuerdo qué cantidad respetable de pesetas, haya desatendido los justificadísimos ruegos de su compañero y se halle hoy en la necesidad de construir de prisa y corriendo tiendas de campaña, sobrepuja á todo lo que en materias análogas pueda imaginarse.

Y, sin embargo, eso se ha publicado en los periódicos, eso se ha dicho en sesiones públicas y

ni han temblado las esferas,
ni se ha hundido el firmamento,

ni siquiera se han estremecido con indignación las personas piadosas que semanalmente dan limosnas para la construcción de la catedral de la Almudena.

Para mí es indudable que anda todo, entre nosotros, perturbado y revuelto. ¿Cómo, sin esa honda y general perturbación, podría explicarse que nos interesemos casi más por el éxito del *Cocodrilo* que por la suerte de los infelices enfermos del Hospital?

TAPIZ CHINO MODERNO

Ni la apatía de los representantes de la provincia, ni la indiferencia de los representados, ni el silencio de la prensa, ni nada de lo que en todo esto sucede, tiene explicación posible. Sucede, es cierto: ante la elocuencia brutal del hecho es necesario bajar la cabeza: pero ¿no les parece á Vds. que debería no suceder?

A. SÁNCHEZ PÉREZ

MI DESEO

(Á UNA CATALANA)

Ser el aroma delicado y leve
que el costoso pañuelo te perfuma,
ser la brisa que besa tus cabellos
cuando el calor canicular te abruma.

Vivir entre las hebras del encaje
con que termina tu elegante bata,
ser el aire que mueve tu abanico,
ser perla del collar de tu garganta.

Ser la gardenia espléndida y hermosa
que al movimiento de tu seno ondula,
ser el manguito en que en invierno frío
tus modeladas manos se refugian.

Ser el canario que con dulces trinos
te arrulla el sueño en la ardorosa siesta,
ser el mastín leal que te acompaña
cuando en el banco del jardín te sientas.

Mirar eternamente tu hermosura
y perderme en sus olas de armonía,
velar tu sueño en la callada noche
y ser tu sombra en el alegre día.

CAMILO POU

Mallorca, 15 de julio de 1889.

RECUERDOS DE SEVILLA

Saliendo de Sevilla por el barrio de la Macarena, hay, á no muy largo trecho de la última casa, y cerca de los viejos muros del cementerio, que corren durante larga distancia á orilla del camino, una modesta cruz de esas que señalan en Andalucía el sitio donde fué asesinado un hombre, que, medio cubierta de *mohín* y mordida por la acción del tiempo, enseña en medio de sus brazos una lacónica inscripción que dice: *Un avemaría*.

Aquella leyenda, descifrada á las místicas luces de la tarde entre el ruido que forma la brisa pasando por los trigos, invita, con su profundo misterio, á la oración: cerca de aquella cruz me he sentado muchas veces para ver las reverberaciones del crepúsculo fingir sus simulacros en el horizonte por cima de la bruma que se eleva del callado seno del río.

Muchas tardes, aprovechando mi estancia en la pintoresca ciudad andaluza, tomaba la margen izquierda del Guadalquivir allí donde se eleva la última casa del barrio de Triana, y subía por la vereda que como una franja de tierra se deslizaba á orilla de los sembrados.

A un lado descubríase la dilatada llanura con su espaldar de sierras al fondo, cubiertas por velos de azul, de un azul igual al de las campanillas que sacude el viento en las rejas. El continuado tapiz de los trigos, que mostraba en cada esbelto tallo su granado estuche de oro, se quejaba con el largo vagido de su interminable flujo y reflujo; y, en la inmensa plaza de verde tono que se perdía en leguas y leguas de distancia, resaltaban las intensas amapolas, semejantes á rastros de sangre, que daban á los sitios el aspecto de lugar donde se hubiera verificado una batalla.

A la falda de las primeras lomas dilatábanse las hileras de olivos, fuertes y oscuros, y chocaban los ojos con las notas blancas de los cortijos, donde tantos idilios se verifican en esa humildad, desprovista de todo artificio, de la naturaleza. La vida en estas viviendas palpita con el ritmo tranquilo del que duerme, con el encanto de reposo profundo del campo; y no hay asombrada exclamación de ave de corral que mira pasar los grajos por el cielo, ó voz dada por alguna persona, que no tenga la vaguedad de los sueños y haga traer lágrimas de sentimiento á los ojos.

A la derecha de la senda por donde dilataba mi paseo, descubríase, en el último término del cuadro, Sevilla, con sus torres del Oro y la Giralda, su profusión de mástiles cruzados sobre el río, su puente de hierro, por donde, al cruzar el tren, se levanta ruido semejante al que produce el caer de una estruendosa catarata; y el hacinamiento de casas por cuyos patios salen desbordamientos de follaje salpicados de flores olorosas.

La margen del Guadalquivir iba pasando á mi derecha con su brillante desfile de sauces desmayados, de granados que dejaban correr

© Biblioteca Nacional de España

tiernos retoños por sus ramas, y de árboles de distintas clases que en las márgenes del *sagrado* río parece como que se exhiben en elegante postura para romper en una danza clásica.

Alguna barca surcaba el sereno espejo, contrastando la apacible corriente con ese moverse lento de las aguas, y la embarcación atravesaba por medio de los *semilleros* de luz que el sol engendraba y hacía relampaguear sobre las olas.

El *alma* del paisaje flotaba en un profundo silencio roto por píos de pájaros, por el chasquido dulce y vago de alguna ola parecido á beso que sonaba en el ramaje, por rachas de viento que hacían cabecear el apiñonamiento de espigas, y por la voz de algún campesino, tan llena de reposo y nobleza en medio de la quietud religiosa del paisaje, que sonaba como palabra latina caída de labios del sacerdote.

Todo ese *aroma espiritual* que se desprendía del suelo con el olor á *naturaleza* que manaba de los infinitos misterios de procreación de las plantas, metían un tropel de imposibles anhelos en la cabeza, y el alma echábase á soñar con la honda embriaguez de la locura.

Por medio de veredas que se emboscaban en el largo terciopelo de los trigos, llegaba, en mis paseos, hasta el sitio donde la cruz abría sus brazos y pedía un sentido rezo al caminante.

La ciudad había quedado perdida en la línea del horizonte después de flotar en ella; las pilas inmensas de estiércol, con algo, en apariencia, de las pirámides, elevaban sus puntas sobre el fondo oscuro del cielo; las hierbecillas del camino atraían la atención hacia lo humilde é incitaban á hacer reflexiones, que tal poder ejercen en el hombre los más pequeños detalles de la naturaleza.

Alguna caravana de pájaros de esos que atraviesan cantando con susurro quedo á la hora del crepúsculo, pasaban sobre la cruz como grupo de notas huídas, y empequeñecían los puntos de su cuerpo á medida que se alejaban echando á modo de invisibles bastas en el aire. Las carretas que volvían á la ciudad, sonaban sus ruedas por los caminos y acompañaban la copla, casi religiosa, conocida por el nombre de *malagueña*. Extraño concierto de ranas que alistaban sus matracas sobre las piedras, inundaban de un algo indefinible los campos, y la noche comenzaba á borrar los objetos como si extendiera una tupida gasa sobre ellos.

Entonces daba suelta á los sueños imposibles, á las quimeras irrealizables, á los anhelos de que nunca se halla vacío nuestro cerebro, al ansia de volar tras de plácida inmersión á otra vida. Por mi cabeza pasaban, en aquellas horas, proyectos de obras que no han de escribirse, pensamientos de generosidad para los que consideramos nuestros ofensores, propósitos de hacer bien y consolar á los desdichados prestándoles el calor de nuestra alma.

Luego, formando rudo contraste con estas reflexiones, pasaban por mi imaginación las cancelas y patios de Sevilla encerrando bellos madrigales de flores, las fiestas ruidosas bajo los árboles cuando el columpio arrebata el cuerpo de una mujer por los aires y las risas llenan de notas alegres el viento, el airoso galopar de los caballos andaluces bajo el espléndido atalaje de sedas, y las huertas llenas de gente y azahares que encierran el incomparable cuadro de costumbres.

Invadido de estos sentimientos, sacudido por estas emociones, percibía las lentas campanadas de la oración que repercutían como voz dada por un fantasma sobre los campos.

—¡Ave María!—clamaban los cálices de bronce de las iglesias recordando á los distraídos hombres la religión; y yo descubría mi cabeza, que besaban las brisas de la noche, y murmuraba sentado junto á la cruz, repitiendo la oración aprendida en mi niñez:

—¡Dios te salve, María!

SALVADOR RUEDA

Á MARÍA
EN SU
ASUNCIÓN Á LOS CIELOS

¿Quæ est ista, quæ progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?
(*Cantar de los Cantares*, capítulo vj., ver. 9.º.)

Perdona, Virgen, si este pobre vate,
desgarrado al pisar duros abrojos
y de negras pasiones al embate,
te ofrece sólo míseros despojos;
perdona, Virgen, si con ronca lira
tu beldad ensalzar mi pecho aspira.

Mas ¡ay! á Ti ensalzarte nunca alcanza
humana inspiración, terreno aliento:
por esto desparece mi esperanza
cual flor marchita que arreba el viento:
¿cómo puede la oruga de este suelo
al águila seguir que sube al cielo?...
Y ¿pretendo elevarme hacia María?
Es que mi tosco y rudo pensamiento
¡oh Reina! ¡oh candorosa Madre mía!
como no piense en Ti no está contento:
por esto, fervoroso, yo, mi canto,
trémulo de emoción, á Ti levanto:

De amor muere, mi bella, encantadora.
Miradla: ¿veis? Es tanta su belleza
que extasiado el serafín la adora
y el mágico esplendor de su pureza,
y alrededor de su sepulcro santo
llena de aromas de inmortal encanto.
Huye la muerte, tétrica y medrosa,
al brillo de las luces celestiales,
y la ninfa de Sion, con faz hermosa,
rodeada de esplendores eternales,
se eleva al son de aquel celeste coro
que acompaña el querub con liras de oro.
Así, veloz, cual águila altanera,
el firmamento hendiendo en raudo vuelo,
se eleva con tan rápida carrera
que la pierden de vista los del suelo,
rasgando el puro, ufana, por do quiera
diáfano azul de la celeste esfera.
Subiendo en los ejércitos alados
cubrieron los querubes su faz pura,
y los cielos quedaron espantados
al ver tanta beldad, tanta hermosura:
de sus fulgores tanto se admiraron
que súbito en los polos se afirmaron.
Mas luego en su delirio conociendo
la angélica beldad de su figura,
el diáfano cristal se fué rompiendo,
y en la materia trasparente y pura
al momento se abrió cual por encanto
la regia puerta del alcázar santo.

TAPIZ FLAMENCO DEL SIGLO XIV

Estrepitósa música estallando,
haciendo resonar el pavimento,
su inmensidad los cielos dilatando
recíbenla en el alto firmamento;
y le prodiga Dios un casto abrazo
y con ardor la estrecha en fuerte lazo.
En tanto el ángel con amor intenso
levanta sobre el techo cristalino
espeso globo de agradable incienso
que inunda el alma en un placer divino;
Jerusalén en himnos se alboroza
y en contemplarla sin cesar se goza.
De aureola radiante coronada
preséntase brillando allá en la altura,
y en el pecho de su Hijo reclinada
su frente posa sonrosada y pura,
y por escabel tiene de su planta
la hermosa luna que la noche encanta.

El que cruza esta tierra quejumbrosa
bajo tu brazo maternal se lanza
cual la inquieta y ligera mariposa
que en la llama del fuego se abalanza,
y es que quiere después de su agonía
á tu mansión volar, Virgen María.
Tus inocentes ojos de paloma,

© Biblioteca Nacional de España